SOLEMNIDAD DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR - MISA DEL DÍA Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat 25 de diciembre de 2013 Is 52, 7-10; Heb 1, 1-6; Jn 1, 1-18

Y la Palabra se hizo carne [...] y hemos contemplado su gloria.

Queridos hermanos y hermanas: el evangelio que hemos escuchado hace penetrar toda la luz de pascua en la cueva del nacimiento. Si por la noche contemplábamos la escena tan tiernamente humana del nacimiento de Jesús y cómo María lo envolvía y lo ponía en un pesebre (cf. Lc 2, 6), la luz de pascua nos confirma que este bebé es la Palabra eterna de Dios hecha hombre, con toda su divinidad presente en la pequeñez del cuerpo humano de un niño. Son las dos grandes verdades consoladoras de Navidad: que Dios se hace hombre y que "así compartió en todo nuestra condición humana menos en el pecado" (cf. Plegaria Eucarística IV). Por ello, en la debilidad humana de Jesús apenas recién nacido, el evangelio de esta mañana subraya la gloria divina presente en medio de nosotros, en medio de la humanidad. Una *gloria* -dice*propia del Hijo único del Padre*.

Y, ¿qué quiere decir que el hijo de María apenas nacido ya posee *la gloria*? La *gloria* divina, en la Sagrada Escritura, es la plenitud rica y poderosa de Dios que se manifiesta, que se hace presente en medio del pueblo. En la Navidad, sin embargo, la gloria aparece, paradójicamente, no como radiante y poderosa sino como debilidad de un recién nacido que duerme y llora en la pobreza de un pesebre.

Y la Palabra se hizo carne [...] y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad.

A pesar de la simplicidad del entorno y la fragilidad del hijo de María envuelto en pañales (cf. Lc 2, 6), está presente la divinidad. Porque *en el principio ya existía la Palabra y la Palabra era Dios*. Por ello, tal como señala el Evangelio, tiene la plenitud de la *gracia* y de la *verdad*. Dos palabras llenas de contenido, que conviene explicitar brevemente para penetrar en la realidad íntima de Jesús. Tiene la plenitud de la *gracia*; es decir, la fuente inagotable del amor y del favor de Dios hacia la humanidad, dados gratuitamente y de antemano como perdón y como salvación. Tiene la plenitud de la *verdad*;, es decir, es auténticamente la manifestación de la realidad divina, hasta el punto de que las palabras y los actos de Jesús son la expresión misma de Dios. Lo son ya su sonrisa, su llanto, sus necesidades naturales, su pequeñez. Después, toda su vida, toda su predicación será manifestación de la santidad y el amor de Dios a la humanidad hasta ser elevado sobre la cruz y hasta ser envuelto nuevamente con unas vendas antes de manifestar en su cuerpo glorioso el estallido de la *gloria que* tiene *como Hijo único del Padre*. Realmente Jesús expresa la verdad de Dios, lleno de ternura, que se abaja y se humilla para ser amigo de la humanidad.

Y la Palabra se hizo carne [...] y hemos contemplado su gloria.

El Evangelio nos dice que nosotros hemos contemplada, esta *gloria*. Los testigos de la resurrección del Señor la contemplaron al oír el testimonio que él daba sobre lo que había visto y oído acerca del Padre (cf. Jn 3, 11.32-35; 18, 37). Y, más tarde, cuando lo vieron vivo en el estallido del acontecimiento pascual, después de ser elevado en la cruz, cuando se hizo patente su unidad de amor con el Padre. También nosotros podemos decir que hemos contemplado la *gloria* de Jesús. Viviendo la fe en él y dejándolo entrar en nuestro interior vamos descubriendo esta *gloria*, vamos conociendo su grandeza divina y su amor que le llevan a conceder sus dones a la

humanidad con una gran generosidad. Tanto o más importante, sin embargo, que contemplar en la fe su *gloria* es escuchar su palabra para hacerla vida. La fe y la acogida de su palabra nos permiten establecer una relación personal con Jesucristo que nos lleva a conocerlo más y a conocer el Padre.

Y no sólo podemos contemplar *la* gloria de Jesús, también somos llamados a participar de ella. Porque quien descubre su *gloria*, está asociado a ella, según dirá él mismo (cf. Jn 17, 22); en nuestro caso, se trata de una participación en la *gloria* vivida en la debilidad; en esta vida consiste en vivir la santidad cristiana y en dar testimonio de Jesucristo y de su Evangelio. En este testimonio, según la enseñanza de Jesús, tiene un lugar fundamental la comunión entre los discípulos; es -nos dice- el amor fraterno el que manifiesta su *gloria* a la humanidad (Jn 17, 22-23). Esta es nuestra dignidad de cristianos que hemos recibido gratuitamente como fruto del hacerse *hombre* de aquel *que es la Palabra* divina. Pero el don es aún mayor; desde el nacimiento de Jesucristo, la plenitud y el término de la existencia humana se encuentra en la participación de su *gloria*, que es participación también de la *gloria* del Padre (Jn 17, 24).

En la adoración del Misterio de Navidad que nos manifiesta la *gloria* divina en Jesucristo, debemos abrir el corazón al amor que Dios nos tiene y vivir la alegría del Evangelio. Una parte importante de esta vivencia evangélica es, por decirlo con palabras del Papa, ser conscientes del "deber de servir a la justicia" que tenemos y, por tanto, "la necesidad de buscar la justicia y la paz social" (cf. Evangelii gaudium, 250). Como expresión, real y simbólica a la vez, de la voluntad de vivir este deber y de nuestro "compromiso ético para crear nuevas condiciones sociales", tal como hemos hecho ya en la noche, os proponemos hacer una aportación, al final de la celebración; junto con la de la comunidad, la haremos llegar a Cáritas para ayudar a paliar tantas necesidades urgentes que le son presentadas a causa de la pobreza y de la marginación aumentadas por la crisis económica.

La *gloria* de Jesucristo se manifestará a los ojos de nuestra fe en la celebración de la Eucaristía; acojámosla con corazón sincero para poder crecer en nuestra realidad de *hijos de Dios* y dar testimonio de que *el que es la Palabra* se ha hecho hombre y abre ante nosotros un horizonte de esperanza, de justicia y de paz.